



# Las lecturas de Manuela Sáenz .....

ARTURO ANDRÉS ROIG

*El filósofo argentino Arturo Andrés Roig (1922-2012) tuvo una impronta decisiva en el ambiente universitario ecuatoriano. El siguiente texto sobre Manuela Sáenz es parte de la conferencia que dictó el 8 de febrero de 2000 en la UASB-E y que se dará a conocer en formato de libro en Argentina en los próximos meses. La edición está a cargo de la crítica Marcela Croce, a quien agradecemos la oportunidad de compartir este inédito.*

**M**anuel Espinosa Apolo, editor de la *Correspondencia íntima* entre Simón Bolívar y Manuela Sáenz, ha señalado, creemos que por primera vez, una sugestiva referencia del Libertador al modelo de mujer que habría encarnado Manuela. En efecto, en una interesante carta fechada en Bucaramanga el 3 de abril de 1828, decía: «Recibí, mi buena Manuelita, tus tres cartas que me han llenado de mil afectos: cada una tiene su mérito y su gracia particular [...] Una de tus cartas —le dice luego— está muy tierna y me penetra de ternura, la otra que me divertió mucho por tu buen humor y la tercera me satisface de las injurias pasadas y no merecidas. A todo voy a contestar con una palabra —concluye— más elocuente que tu Eloísa, tu modelo. Ya no voy a Venezuela. Tampoco pienso pasar a Cartagena y probablemente nos veremos muy pronto. ¿Qué tal? ¿No te gusta? Pues, amiga, así soy yo. Te ama con toda su alma. Bolívar».



© Ilustración: Adriana Pozo V.

“

**Estas comparaciones con heroínas de la Antigüedad parecieran haber sido parte del arsenal amoroso neoclásico, evidentemente aún vigente en Bolívar. ”**

En esta carta, obsequiada en 1919 al Museo Bolivariano de Caracas por el ciudadano norteamericano Norman Clark, Bolívar afirma que Eloísa era el *modelo* de Manuela.<sup>1</sup> Por cierto que estas comparaciones con heroínas de la Antigüedad parecieran haber sido parte del arsenal amoroso neoclásico, evidentemente aún vigente en Bolívar, y la prueba está en que también Manuela se le presentaba como Cleopatra, siendo él, por cierto, Marco Antonio, o como Julieta. «Aquí, en el Garzal —dice Manuela en una de sus cartas— hay de todo lo que Usted soñó y me dijo sobre el encuentro de Romeo y Julieta». Resulta interesante destacar, sin embargo, que ni Cleopatra ni Julieta —aun cuando en algún momento Manuela intentó acabar sus días como la Reina del Nilo— son presentadas como *modelo*. La cuestión aparece expresamente tan solo respecto de Eloísa.

Cabe que nos preguntemos a qué Eloísa se refiere. Dos obras famosas hay en la literatura europea que llevan ese nombre: Las *Cartas o Epístolas de Abelardo y Eloísa*, escritas en Francia en la primera mitad del siglo XII, conocidas ya en la Edad Media y publicadas por primera vez —según nos informa Octave Gréard— en el siglo XV; y las *Cartas de dos amantes*, conocidas también como *Julia* o *La nueva Eloísa*, de Juan Jacobo Rousseau, escritas en Suiza y publicadas por primera vez en Ámsterdam, en 1761. Pues bien, ¿cuál de estas dos Eloísas es el personaje que hacía de modelo para Manuela Sáenz? Una respuesta apresurada nos llevaría a señalar la segunda, la de Rousseau, en particular si pensamos en el fuerte impacto que ejerció en su

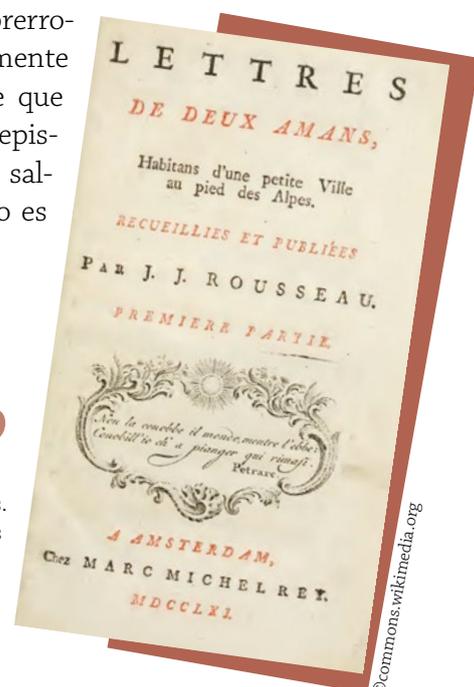
época y posteriormente en los escritores y lectores románticos, y que Manuela muestra evidentes rasgos de romanticismo. Se ha de tener en cuenta, además, que aquel impacto fue hondo y persistente. «*La nueva Eloísa* —decía Lamartine en su *Cours de Littérature*, en 1856— novela de ideas más que novela sentimental, fue una borrachera que duró medio siglo...». Vale decir que para el célebre Lamartine el entusiasmo que despertó la *Eloísa* de Rousseau habría alcanzado las primeras décadas del siglo XIX. Y podemos agregar que todavía a fines de ese mismo siglo, Juan Montalvo, en su polémica contra los naturalistas, en particular contra la célebre *Madame Bovary*, declaraba: «Digan lo que quieran los partidarios de la novela moderna, yo preferiré siempre *La nueva Eloísa* con sus peligros encantadores y sus sofismas cultos, al turbión de necedades y desvergüenzas que está asolando las buenas costumbres».

Sin embargo, es evidente, por lo que se verá después, que Bolívar no se refirió a las *Cartas de dos amantes* de Rousseau, sino a las *Cartas de Abelardo y Eloísa*, el antiquísimo escrito medieval. Por de pronto habla de Eloísa y no de Julia, que es el nombre con el que se conoció a la nueva Eloísa, matiz ciertamente a tener en cuenta. Además, y he aquí lo que causará sorpresa, la antigua Eloísa, la del siglo XII, fue una obra de notable circulación en los países andinos, por lo menos desde fines del siglo XVIII. Ahora bien, si a la obra de Rousseau no resulta difícil declararla prerromántica o abiertamente romántica, sucede que el antiquísimo epistolario medieval, saltando siglos, no lo es

“

**¿Cuál de estas dos Eloísas es el personaje que hacía de modelo para Manuela Sáenz? ”**

1 Carta transcrita en *Manuela Libertad* (Quito: Consejo Provincial de Pichincha, 1983), s. p. y en *Simón Bolívar y Manuela Sáenz. Correspondencia íntima* (Quito: Taller de Estudios Andinos, 1999), 134.



©commons.wikimedia.org



menos y fue objeto de lo que bien podríamos llamar un «culto romántico» y con mucho más vigor y lozanía. «Dos siglos antes que Petrarca, un siglo antes de la *Vita nuova* de Dante, con una sinceridad inigualada por los hombres del Renacimiento —nos dice Jacques Chevalier—, Eloísa y Abelardo nos develaron el misterio de su vida interior y el de su amor, donde vemos en desafío las fuerzas físicas y espirituales de las que los sistemas de los filósofos no nos ofrecen, con frecuencia, más que un residuo conceptual o una imagen deformada». Esto lleva a que el mismo Chevalier afirme que «Eloísa inaugura la línea de tantas heroínas románticas», en un nivel y con una humanidad, agregamos nosotros, no alcanzados por Rousseau y que hace de ella un clásico de todos los tiempos. Estamos frente a una figura femenina con la que se creó —nos dice Gréard— un «carácter» o, dicho de otra manera, un «modelo». «En la historia de las pasiones humanas hay caracteres tomados de la realidad o creados por la poesía, que la admiración ha consagrado» y que han quedado —según el mismo autor— «colocados en la cima inviolable «que ocupan esas otras mujeres clásicas: Alcestes, Ifigenia, Antígona». Entre ellas se ha de colocar a Eloísa.

Volvamos pues a la heroína medieval, fundadora del género epistolar y del que (se) constituyó como modelo. ¿Es posible rastrear su presencia en nuestra América y, en particular, en la América andina? Diremos que sí lo es y de una manera ciertamente interesante. Mas debemos hacer presente antes que la Eloísa clásica no fue jamás olvidada en Europa y que sigue viva en nuestros días dentro de lo que podría ser una mitología popular y sentimental. Es interesante saber que los restos de ambos amantes fueron sepultados en el Monasterio de Parálclito, fundado por Abelardo cerca de Nogent-sur-Marne y dirigido por Eloísa como abadesa cuando fue convertido en convento de monjas. Pues bien, el famoso monasterio fue suprimido en 1792 en plena Revolución francesa y vendido en beneficio del Estado. Los revolucionarios exceptuaron de la venta el sepulcro que encerraba los restos de Eloísa y Abelardo, que posteriormente fueron trasladados al cementerio de Père Lachaise, el viejo camposanto de París, donde actualmente se hallan y son visitados por miles de enamorados y curiosos de todo el mundo.

¿Podrían los sectores populares cultos de nuestras tierras desconocer esa persistente leyenda de una desgraciada pasión, que ha atravesado siglos de la cultura occidental, no ajena a nosotros mismos? Está probado que no y de modo ciertamente interesante. Los antecedentes más antiguos entre nosotros, los hasta ahora conocidos, se remontan, como ya dijimos, al siglo XVIII y atraviesan todo el siglo XIX. En unas páginas juveniles escritas en 1851, Juan Montalvo con un tono confesional nos decía: «Cuando yo mismo ardía en la llama de Abelardo di con un alma de singulares atributos. Las vicisitudes de la suerte me



*El adiós de Eloísa a Abelardo.* Óleo sobre tela expuesto en el Museo del Hermitage, pintado en 1780 por Angelica Kauffmann.

“  
¿Podrían los sectores  
populares cultos  
de nuestras tierras  
desconocer esa  
persistente leyenda  
de una desgraciada  
pasión, que ha  
atravesado siglos de  
la cultura occidental,  
no ajena a nosotros  
mismos? ”

han robado lo único que me restaba de ella, sus admirables cartas», y luego agregaba: «... creo que si ellas se hubieran dado a luz, hubiéramos tenido nosotros en América una inmortal Eloísa».<sup>2</sup> Años más tarde, en 1869, visitó Montalvo la tumba de los célebres amantes en Père Lachaise. Por su parte, Juan León Mera, en 1873, en su notable edición de *Obras selectas* de sor Juana Inés de la Cruz, en su estudio preliminar, nos dice que la célebre monja mexicana se presenta en la expresión de sus afectos amorosos «tocada del fuego de Eloísa» y agrega: «porque nos parece de todo punto imposible que, sin sentirla, se pinte bien una pasión».<sup>3</sup>

Esa presencia constante a lo largo del siglo XIX tiene sus raíces, por lo que hasta ahora sabemos, en el siglo XVIII, para lo que contamos con una valiosa documentación. En efecto, gracias a las incansables búsquedas historiográficas del célebre hombre de letras peruano don Ricardo Palma, se pudo salvar y dar a conocer parte del Archivo de la Inquisición Peruana, que contiene sabrosísimas informaciones sobre lecturas prohibidas, sobre religiosos solicitantes —como se llamaba a los sacerdotes que hacían propuestas sexuales aprovechando el confesionario—, sobre propuestas heréticas, blasfemias, brujería, etc. de los años que van entre la última década del siglo XVIII y los años de 1820, los casos más tardíos en plena Guerra de Independencia. Lamentablemente, la información que nos da no es completa, pero de todos modos la selección que hizo resulta para nuestro caso valiosa, pues menciona denuncias relativas a personas pertenecientes a sectores de poder social. Así, son denunciados, entre muchos, José Mejía Lequerica y José Joaquín de Olmedo, el primero por tener libros prohibidos y el segundo por lo mismo y, además, por haber prestado la *Henriada* de Voltaire. En cuanto a las denuncias de lectores de las *Cartas de Abelardo y Eloísa*, nos comenta Palma que según lo que surge del archivo inquisitorial, pasaban de 100



Eloísa y Abelardo, cementerio Père Lachaise.

©P. Beaudoin/ commons.wikimedia.org

2 Juan Montalvo «Dios a todos se acomoda», en *Páginas inéditas* (Puebla: Cajica, 1969), I: 39 y «El Padre Lachaise», en *Páginas desconocidas* (Ed. Casa de Montalvo, 1969), 75-81. Montalvo tuvo más tarde, entre 1869 y 1870, una correspondencia amorosa, que se ha salvado en parte, con otra mujer, Lida, y que ha sido publicada por Jorge Jácome Clavijo. En esta segunda relación amorosa y literaria a la vez, Lida pareciera aproximarse en parte a la figura de Eloísa, sin llegar a la vida dramática apasionada de la amante clásica, ni tampoco a la de Manuela Sáenz. Por lo demás, a pesar de la admiración por Bolívar como amante, Montalvo no pudo quebrar el nudo de convenciones y prejuicios que lo atormentaron toda su vida y que anticipan en él la estrecha moral victoriana. Ver Jorge Jácome Clavijo, *Montalvo y Lida* (Ambato: Departamento Municipal de Cultura, s/f).

3 Juan León Mera, *Obras selectas de la célebre monja de México sor Juana Inés de la Cruz, precedida de una biografía y juicio crítico sobre todas sus producciones* (Quito: Imprenta Nacional, 1873), LVIII-LIX de la Introducción. Cfr. Enrique Ojeda. «Juan León Mera y sor Juana Inés de la Cruz», en *Coloquio internacional sobre Juan León Mera* (Ambato: Casa de Montalvo, 1994), I: 281-97.



las personas que las poseían o las habían leído. Entre ellos, otro ecuatoriano, don José Sánchez, hijo del marqués de Villa Orellana, quien no solo era lector de aquellas cartas, sino también del *Arte de amar* de Ovidio, del mismo modo que la marquesita de Castrillón, quien también tenía ambas obras pecaminosas.

“**De todas las denuncias respecto del texto que en particular nos interesa, destacaremos las que tienen que ver con mujeres lectoras de *Abelardo y Eloísa*.**”

De todas las denuncias respecto del texto que en particular nos interesa, destacaremos las que tienen que ver con mujeres lectoras de *Abelardo y Eloísa*. El número de implicadas no es pequeño. Doña María Dolores Blanco, en 1803, declaró espontáneamente ante la Inquisición haber leído las cartas y obtuvo absolución de su pecado previniéndole que en lo sucesivo no leyese sino libros místicos; doña Mariana de Ortegoso, doña Manuela Plata, doña María Candelaria Palomeque y doña Mercedes Arnao, todas señoras de buena familia, fueron denunciadas en 1807 por el mismo pecado; doña Rosa Román de Carcelén, doña Rosa Cortés de Mendiburu y doña Rosa Morales, lectoras asimismo de *Abelardo y Eloísa*, denunciadas en 1809; don Ignacio Velasco, pasante de gramática, y el escribano don Ignacio Ayllón fueron denunciados en 1815 por tener un ejemplar y «prestarlo a las amigas»; y doña Ana Daza, señora del Alto Perú, denunciada en 1818. En fin, sin que nos diga Palma en qué fecha, Rosita Campuzano, guayaquileña, amiga íntima de Manuela Sáenz, ambas implicadas en la sublevación del batallón español Numancia que se pasó a los patriotas y decidió la situación de Lima, leía, según la

denuncia puesta ante la Inquisición de aquella ciudad, las *Cartas de Abelardo y Eloísa*, a más de «libros pornográficos».

Por cierto que esta calificación no siempre ha tenido los mismos alcances. Basta con saber que para algunos, ya muy entrado el siglo XIX, los amores de María y Efraín narrados por Jorge Isaacs fueron escandalosos, así como se llegó a calificar a Juan Montalvo, posiblemente por el sensualismo de muchas de sus páginas donde se ocupa de (la) belleza femenina, de «escritor pornográfico». Y por cierto que no podía escapar a esta calificación el *Arte de amar* del célebre Ovidio,<sup>4</sup> obra al parecer tan difundida en nuestras tierras como las *Cartas de Abelardo y Eloísa*, todo lo cual tal vez sea una prueba de la profunda necesidad espiritual de vivir la sensualidad y la voluptuosidad en sus propios valores, descargadas del sentimiento de pecado y como una reivindicación de los derechos de la corporeidad.

[...]

Habíamos preguntado en qué versiones fueron leídas las *Cartas de Abelardo y Eloísa*. En verdad no podríamos aventurar mucho acerca de cuáles fueron los textos que circularon entre aquellas señoras de buenas familias señaladas por la Santa Inquisición. Para caer en pecado bastaba con leer textos como el de Colardeau, aun cuando el espíritu de banalidad le hubiera quitado a Eloísa sus aspectos verdaderamente profundos. Pero también circularon, por qué no, versiones castellanas o francesas de los textos latinos, o los textos latinos originales, por lo mismo que está probado que había mujeres americanas de alta cultura. En realidad, todo está por investigarse. Lo cierto es que ese «monumento único de la literatura», como llamaba el célebre filósofo Charles de Rémusat a las *Cartas*, tuvo una circulación indiscutible

4 Juan Montalvo. «El naturalismo» en *El Espectador* (París: Garnier, 1927), 158. A pesar de que Eloísa en una de sus cartas cita a Ovidio, al que calificara como «profesor de desenfreno y lujuria», el célebre poeta romano supo abordar el complejo universo de la sensualidad sin caer precisamente en pornografía en ningún momento. La voluptuosidad es entendida como un principio de humanización y la libertad sexual como un desprenderse de «vanos temores», todo lo cual da al «Conócete a ti mismo» valores desconocidos en la vieja tradición clásica. Ovidio. *Arte de amar* (Barcelona: Edicomunicación, 1994), 57-59. «Carta VI» en *Lettres Complètes d'Abélard et d'Héloïse* (París: Garnier, s/f), 111. Por último se ha de tener presente que durante la Ilustración se produjo un despertar de este tipo de literatura y con ella una revaloración de Ovidio, como lo prueba el hecho de que en 1789 Catalina II puso el nombre de Ovidiopol a la ciudad del mar Negro donde murió el poeta.



en el mundo andino, así como en las regiones portuarias de ese mundo, en sectores sociales altos en los que es de suponer que la práctica de la lectura jugaba un papel cultural decisivo.

Y a esos grupos pertenecía Manuela Sáenz cuyo padre, un español, don Simón Sáenz de Vergara, era alcalde ordinario y regidor perpetuo del Cabildo de Quito, y su madre, de la que fue «hija natural», doña Joaquina de Aizpuru, pertenecía a la aristocracia quiteña criolla. A pesar de la ilegitimidad de su nacimiento, recibió Manuela la educación correspondiente a ese sector social, con suficiente provecho según surge de una carta de Bolívar a su hermana Antonia en la que allá por 1823 le presentaría a Manuela como una mujer «culta» y, por cierto, que dentro de lo que en la época se entendía por tal, no podía faltar un buen conocimiento del francés. El medio además lo exigía. En esta «hermosa capital —decía un Cnl. Santana a Manuela, hablando de Lima— se habla más francés que en París de Francia».

El testimonio de Ricardo Palma nos confirma que Manuela era, a más de mujer de acción y de pasión, mujer intelectual y no de lecturas vulgares. Por cierto que el testimonio de Palma no es, como en tantos casos que presentan sus escritos, plenamente confiable. En el paralelo intelectual que nos ha dejado de Rosita Campuzano, la guayaquileña amante del general San Martín en Lima, y Manuela Sáenz, pretende mostrarnos cómo aquellos intereses literarios se encontraban condicionados por la diversa «naturaleza» femenina de ambas mujeres, ya que «la Campuzano —concluye diciendo— fue mujer-mujer y la Sáenz, mujer-hombre». Por cierto que no debe sorprendernos el juicio de Palma, sobre todo si tenemos en cuenta una valoración parecida pero, tal vez, más ajustada,

del propio Simón Bolívar, quien a su hermana, en carta que ya hemos mencionado, le decía de Manuela que tenía «un temperamento viril, a más de femenino».

Interesante resulta tener en cuenta lo que nos dice Margo Glantz en su estudio sobre sor Juana Inés de la Cruz, a propósito de un tipo de mujer que no se ajustaba a la definición vigente de lo femenino y que, en cuanto habría «excedido a su sexo», fue objeto de un complejo juego de admiración en unos casos y de rechazo en otros. Es evidente que Palma se movía en ese clima, a lo que se ha de sumar la muy mala voluntad que tuvo como historiador de la figura del Libertador Bolívar.

En fin, de todas maneras nada nos autoriza a dudar de la veracidad de las lecturas que Palma les atribuyó a Manuela y a Rosita ya que la información salió de entrevistas personales mantenidas con ambas.

Debemos destacar, por lo demás, que la distinción entre ambas mujeres supone, tal vez, uno de los primeros intentos en la historia intelectual hispanoamericana de hacer un ejercicio de «vidas paralelas» femeninas de inspiración clásica.

Antes de ocuparnos de cada una de ellas no estará de más señalar que los autores preferidos de los que cada una hizo mención no responden a residuos de lecturas transmitidos dentro de ambientes culturales ajenos a los aires del mundo, sino que se encuentran o dentro de ciertos *revivals* comunes a todo el mundo iberoamericano, aun cuando se trate de escritores o tendencias literarias del siglo XVII, como es el caso de Lope de Vega, de Cervantes o, yendo a los clásicos grecolatinos, de Tácito y Plutarco, unos mantenidos vivos durante la Ilustración y otros impuestos por el despertar romántico. También responden a un hecho histórico de profundas consecuencias, en particular para nosotros los americanos, el de las guerras de independencia [...]

